

Alberto Campos Carlés

TU
YOU
TOI
cuentos

Stock
CERO

fotografía de contratapa: Silvina Ocampo.

1a. Edición 1999 by Alberto Campos Carles / Editorial Argenta Sarlep S.A. - ISBN 950-887-143-1
2a. Edición by Alberto Campos Carlés - stockcero.com - ISBN 987-43-4990-5
Libro de Edición Argentina

Queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Printed in the United States of America

Todos los derechos están reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada en sistemas o transmitida en forma alguna,
sin el permiso previo del autor, quien es responsable absoluto
de la totalidad de términos y contenido conceptual de esta publicación.
Impreso en Argentina

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced,
stored in retrieval systems or transmitted in any form or by any means,
electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise
without the prior permission of the author
who takes the absolute responsibility of the concepts and terms
of this publication

A la memoria de mi padre,

quien en el año 1966 me acercó, con natural familiaridad, a Silvina Ocampo y Bioy Casares.

Entonces, y con singular paciencia, Silvina asumió la tarea de orientarme para corregir, una y otra vez, las cuartillas que asomaban como "mis originales".

Una vez, luego de una minuciosa sesión, me pidió una idea para un cuento. Se la di, pero antes de desarrollarla la olvidó.

Al tiempo me la reclamó, pero no la pude repetir, vuelta ya al laberinto abigarrado del material que circulaba por mi mente en esa época. Al leer "El Espantapájaros" se entusiasmó y creyó reconocerla. No era ésa la idea, pero nunca me atreví a contradecirla.

Ahora tengo la certeza de que está aquí, entre todo este material elaborado y decantado por décadas de trabajo. Confío en que el amable lector me ayude a develar la incógnita, para no llegar demasiado tarde con la respuesta a quien fuera mi querida y generosa mentora.

A. C. C.

CON EL BEBE

El bebé que quiere jugar tiene la mirada puesta en mí constantemente. Para entretenerlo, vacilo entre ser espontáneo -y alguna vez sentirme caer en el ridículo- o estudiar mis movimientos y mi voz para desempeñar el rol profesionalmente, como si fuera del oficio.

Pronto compruebo que el bebé se divierte con cualquier cosa. Pero pasa del asombro a la risa, y de ésta al llanto inminente con suma rapidez. Me doy cuenta que, a pesar de mis mejores intenciones, más que entretenerlo, lo confundo. Soy demasiadas «cualquier cosa» juntas.

EL RIESGO

He decidido correr el riesgo y cruzar el río. La corriente es fuerte y hay remolinos en el medio, pero no importa. Vale la pena intentarlo. Desgraciadamente, en esta orilla no hay ni un pedazo de madera con el cual construir algo que flote. No hay árboles y el sol me calcina. Solamente me acompañan unos retorcidos espinillos que crecen milagrosamente entre las piedras. Intenté cortarlos para encender fuego y me destrocé las manos. Ya no tengo comida, y mis fuerzas no son las mismas de antes. Y no puedo comer pescados crudos. Les tengo un profundo asco.

Inspeccioné el río en busca de una parte más estrecha. Pero el ancho es igual, a lo largo de kilómetros. El riesgo será el mismo por cualquier sitio.

He cruzado y estoy muy cansado. El esfuerzo fue agotador. Tomé agua en gran cantidad y dormiré unas horas en esta orilla, que es exactamente igual que la opuesta.

El hecho de que ambas orillas sean desoladas, no me deprime. Mañana cruzaré nuevamente. Y pasado mañana también. Hasta que me acostumbre. Y comeré pescados crudos, que ya no me darán asco. Aprenderé a nadar como los peces, con naturalidad, y no me detendré hasta respirar en el agua.

EL GRAN OJO

Sólo mis dos ojos reflejan fielmente mi forma de ser, mi vitalidad, mi destino. Ellos deberán prolongarse: hacia arriba y hacia abajo. Ampliarse hacia ambos lados, hasta reflejarme con absoluta fidelidad. Reflejarme ante el mundo e íntimamente ser, de una manera acabada, lo que nunca imaginé llegar a ser: El Gran Ojo.

Si me transformara en El Gran Ojo, sería despreciado por la mayoría de mis semejantes. Creo que dejaría de pertenecer a mi raza. Y entonces me convertiría en un extraño reptil, cuya cabeza transparente como un vidrio sería un hermoso y codiciado trofeo de caza. De todos modos, quiero ser El Gran Ojo, aunque lograrlo acarree mi muerte.

Me despierto cuando una bala desparramaba el jugo traslúcido de mi cabeza, después de una feroz persecución. Un sudor helado me cubre la piel. Corro hasta el baño y compruebo frente al espejo que mis ojos permanecen en sus órbitas normales. Entonces, involuntaria e inevitablemente, mis manos ascienden hasta las comisuras de los párpados. Y me arrancho la piel de la cara, de un tirón, como si fuera una máscara.

DESDE LA CARCEL

Desde que llegó a la cárcel, donde pasaría los largos años de su condena, Mariano se dedicó a observar con minuciosidad los más pequeños detalles de los escasos objetos que lo acompañaban. A raíz de esta actividad un día descubrió, utilizando un banquito de madera (cuyo asiento de esterilla compuso con sus hábiles dedos no bien se estableció en lo que sería largamente su hogar), que lo que él veía era sólo una parte del objeto y que parecía imposible envolverlo con la vista hasta captarlo por completo. Siempre existía un «lado de la sombra» que resultaba infranqueable. Se ayudó con el tacto; intentó ampliar la visión con un pequeño espejo que obtuvo clandestinamente, hasta que por fin comprendió que no podría abarcar al banco en su totalidad a través de los sentidos.

«Lo imaginaré», se dijo una noche a sí mismo. «Buscaré en él todos los detalles que necesite y se los robaré uno a uno. Entonces lo rodearé hasta que aparezca íntegro en mi mente», y luego agregó con énfasis: «sé que cuando lo logre, algo sucederá. Lo sé, lo sé; lo siento aquí», y se golpeaba el pecho con una extraña vehemencia, que no condecía con su habitual temperamento.

Tras largas y agotadoras sesiones, una tarde

logró percibir al banco tal cual era. Simultáneamente, pensó en su función, y en ese preciso instante el banco se iluminó, para luego desaparecer en el aire.

Cuando abrió los ojos se quedó estupefacto. Había supuesto que algo ocurriría, pero no eso, precisamente «eso». Las posibilidades que se abrían ante él parecían infinitas... Abstraído en sus cavilaciones, volvió a sorprenderse cuando de súbito el banco reapareció en su presidiaria realidad. Entusiasmado, se dedicó casi ininterrumpidamente a conocer uno por uno a todos los objetos que se encontraban en su celda. Logró que la mayoría cambiara de realidad (la cama y el colchón no le respondieron, debido tal vez a un exceso de tamaño). Nunca pudo descubrir la causa por la cual -ni desde dónde- reaparecían. Pero logró percatarse de que el tiempo que tardaban en regresar desde que abría los ojos, nunca fue menor del minuto y medio, aunque el máximo variaba extremadamente -un zapato lo sorprendió casi cuatro horas después, cuando ya lo daba por perdido.

Pero, al cabo de un tiempo, esa práctica perdió el interés inicial, pues no lograba superar un buen acto de prestidigitación -acto que por momentos podía dominar, pero que no alcanzaba a comprender en su intimidad-. Entonces, el encierro aparecía ante Mariano siniestro, abrumador, representado por esas cuatro paredes grises que parecían avanzar sobre él para aplastarlo con su constante y progresiva presión -presión que sólo en una de ellas se aliviaba-. Llegó, por lo tanto, el momento en que quedaron como referencia ineludible, los barrotes que bloqueaban la ventana. Ellos le confirmaban, cotidianamente, la imposibilidad de escapar, pues estaban allí para que no pudiera salir. Paradójicamente, sólo deja-

ban pasar la excesiva presión del encierro, alimentando, a su vez, la creciente ansiedad de Mariano.

Muchos intentos realizó para hacerlos desaparecer, pero fracasó una y otra vez. Al abrir los ojos, encontraba siempre a los barrotes en su rígida actitud. Parecían inmovibles. Empotrados en la pared, pensó que fallaba en el cálculo exacto de sus dimensiones. «Pueden estar metidos tanto diez centímetros como dos metros», pensaba con desesperación, «y es más fácil conseguir el indulto que acertar con las medidas... »

Casi agotado mentalmente, una noche tuvo el siguiente sueño: Había cumplido la condena y era libre. Caminaba hacia el pueblo, alejándose de media vida en prisión, cuando de pronto se sentía invadido por una indecible angustia. Se detuvo y, en ese momento, empezó a despertarse. Poseído por un estado de conciencia crepuscular, abrió los ojos hacia la penumbra de la celda.

Afuera, amanecía. Volvió al sueño y entonces, siguiendo un impulso incontenible, desvió su camino, dirigiéndose hacia la cárcel. Allí miró hacia el primer piso, donde se destacaban los barrotes de su celda, que reflejaban con regular intermitencia a la intensa luz solar. Al verlos desde afuera, comprendió que también estaban *para que no pudiera entrar*.

Esta visión fue tan nítida como la anterior; se midieron ambas, para luego fundirse en una sola.

Despertó. Estaba empapado en sudor; sus músculos temblaban y algo golpeaba con violencia dentro de su pecho y en las sienas. La luz del sol ya se adivinaba a través de la ventana; a través de una ventana sin barrotes, cuyos muñones brillaban con una extraña fosforescencia. No esperó ni medio minuto a

que lo sorprendiera otra realidad. Se trepó ágilmente al pequeño marco de piedra, saltó hacia la calle y escapó.

LA DIFERENCIA

Ya las vicisitudes del curso de ingreso quedaron atrás, junto con el bachillerato. Ahora Julio es un alumno de la facultad, que usa guardapolvo, posee libreta universitaria y está demasiado ocupado con sus prácticas de anatomía como para mirar a los que se amontonan con ropa de calle en los pasillos de los primeros pisos. Hoy sube apuradísimo por las escaleras; llega tarde a una importante clase de anatomía de la mano y no se detiene en los escalones abarrotados por la gente del ingreso. Gritándoles «permiso» desde abajo, Julio se abre paso pisando zapatos, tapados y sacos. Ignora los improperios que quedan atrás, y devora los escalones de tres en tres, hasta llegar casi exhausto al quinto piso. Allí, se cubre con el guardapolvo blanco y entra al anfiteatro, donde un ayudante ya discurre sobre los músculos lumbricales e interóseos. Disimuladamente, Julio logra deslizarse hasta un asiento vacío; despliega luego el cuaderno sobre el pupitre y, respirando profundamente varias veces, intenta concentrarse en el tema. Una enorme mano, cuya piel ha sido corrida hacia los costados por algún hábil dibujante, ilustra la charla desde el pizarrón. De pronto, una broma del ayudante hace reír a la concurrencia, despabilando a los soñolientos. Julio abre mucho los ojos; no está dormi-

do pero tampoco ríe. Mira hacia ambos costados, como queriendo preguntar algo, y luego vuelve a concentrarse en la voz enfática del ayudante tomando nota de las complicadas minucias anatómicas que hacen de la mano un órgano exquisitamente hábil y sensible. Y entonces otra broma que tampoco alcanza a comprender; mira interrogante a sus vecinos, pero éstos lo ignoran. Afortunadamente para Julio, el ayudante repite:

—Una diferencia fundamental entre el hombre y el mono consiste en que éste no posee el músculo oponente del pulgar. Por lo tanto, no puede realizar la pinza que resulta de oponer el pulgar a los demás dedos... ¿ven? -dice, mientras realiza círculos y óvalos con los dedos de las manos. Su guardapolvo gris lo distingue de los alumnos y de los ayudantes noveles, y la soltura con que maneja un tema tan complejo sugiere su inminente ascenso a jefe de trabajos prácticos-. A ver, prueben ustedes. No vaya a ser que alguno no pueda hacerlo... -termina con un gesto sugestivo y una sonrisa sobradora. Los alumnos lo imitan, entusiasmados y obedientes, mirándose las manos entre ellos. Entre tanto, Julio sigue escribiendo frente a las miradas interrogantes de sus vecinos.

—¿A ver, ché? Dale, mostrá.

Julio levanta la vista de los apuntes y luego apoya la lapicera junto al cuaderno. Estira un brazo hacia adelante; su mano se abre y se cierra en el aire, pero sin óvalos ni círculos. Los cuatro dedos caen espasmódicos sobre el pulgar y la eminencia tenar. Sus compañeros bromean.

—Muy bien; dale, Chita, seguí... ¿no querés una banana? -dicen, rascándose los pectorales con las puntas de los dedos. Pero la expresión del rostro de

Julio los detiene. Su mirada dura, profundamente concentrada en los movimientos de la mano -que parece un bicho atrapado por el antebrazo-, termina por espantarlos. Con un movimiento simultáneo, como de blancas cortinas corridas de improviso hacia ambos lados, se alejan de él, que queda en el medio, solo, resaltando sobre el fondo oscuro de los asientos libres. Entonces, Julio siente la necesidad de rebelarse, de deshacerse de la ropa que lo oprime desde el cuello hasta los pies. Se pone de pie, imponente, y grita, acompañándose de recios golpes en el pecho con los puños cerrados, demostrando a la sorprendida audiencia una oculta condición.

Luego, cuatro saltos le bastan para salir del anfiteatro. Baja por las escaleras, ante la corrida general que provoca su presencia, hasta llegar al piso de Anatomía Comparada. Sospecha que le resultará algo difícil sortearlo, pues allí se interrumpe la escalera, y no se equivoca. Cuatro ayudantes -que probablemente fueron alertados desde arriba- lo esperan, distribuidos a lo largo del pasillo. Y ellos no se espantan. Se le acercan lentamente, ocultas las manos que portan las necesarias correas. Y en un abrir y cerrar de ojos lo atrapan, lo sujetan hasta la inmovilidad. Después lo levantan en vilo para llevarlo al interior del pabellón, donde una jaula espera con su minúscula puerta entreabierta. Julio quiere gritar, pero una mano lo amordaza, mientras las correas aprietan exageradamente, y de golpe cae contra el piso enrejado. La puerta se cierra con un chirrido y Julio, desesperado, se levanta de un salto. Estira los brazos a través de los barrotes y comienza a hacer, compulsivamente, círculos y óvalos con los

dedos de las manos.

—¡Miren! ¡Miren! -les grita a los ayudantes-.
¿No ven que yo también puedo? ¿No se dan cuenta
de que era una broma?...

Pero ellos ya se volvieron y lo ignoran; acuden
al llamado de un compañero que anuncia, desde la
mesa donde yace un simio parcialmente disecado, el
probable hallazgo de una curiosidad anatómica.

LA INYECCION

Eran cerca de las tres de la madrugada cuando me llamó por teléfono. Atendí semidormido. El dolor atroz de un cólico renal le impedía dormir y requería mis servicios de enfermero. Me vestí inmediatamente, tomé la caja de inyecciones y salí. El aire de la noche me despabiló. Cuando llegué pude comprobar, al mirar su rostro, que no me había llamado inútilmente. Tomé una ampolla con el calmante, cargué la jeringa y le pedí que se acostara boca abajo. Limpié la piel con alcohol, quité la aguja de la jeringa y la clavé con un golpe seco. Entonces, de súbito, sentí un agudo dolor en mi nalga. Me volví, sorprendido, buscando algún niño bromista, pero seguíamos solos. Me froté pensando en un calambre, y empecé a inyectarle el calmante. Le pregunté si le dolía y negó con un movimiento de la cabeza. Mientras, otro dolor, más sordo y persistente que el anterior, se apoderaba de mi pierna prolongándose hasta el pie. Me senté en el borde de la cama para esperar el resultado de la inyección. El paso intermitente de los autos marcaba, desde la ventana, el monótono ritmo de un tiempo que volvía insistentemente sobre sí, como si no quisiera transcurrir. Pasó una larguísima media hora y el cólico no aflojaba. Cuando me pidió que le inyectara otra ampolla, tuve que acceder, aunque faltaba la receta médica.

Volví a sentir la misma puntada que la vez anterior y me inquieté. Supuse que esta otra inyección tampoco le haría efecto, Entretanto, el cuarto comen-

zó a girar, mi cuerpo perdió peso y unas ganas enormes de hablar me invadieron. Mi euforia aumentaba minuto a minuto; fui hasta el baño para que no se diera cuenta de mi estado, aunque parecía poco probable que saliera de su autoconcentración. Allí me acometieron unas náuseas irreprimibles.

Después de vomitar, me calmé. Cuando volví al dormitorio, comprobé que el enfermo seguía presa del infernal dolor. Desesperado, me preguntó si no había confundido las ampollas. Algo extraño sucedía, pero mi mente cansada y confusa no podía llegar a un pensamiento lógico.

De pronto, siguiendo un impulso, tomé la última ampolla de la caja, cargué una nueva jeringa y, en un arranque de inspiración, me inyecté el calmante. A los quince minutos, su dolor comenzó a ceder, y al cabo de media hora había desaparecido.

Después de cobrarle por las tres aplicaciones y cuando ya salía, le pedí que buscara otro enfermero para las próximas inyecciones.

LA CLASE MAGISTRAL

La clase magistral que dicta el profesor titular todos los lunes, comienza a las ocho en punto de la mañana. Es invierno y los alumnos se disponen a escuchar atentamente, mientras se frotan con fuerza las manos o soplan en el hueco formado por las palmas unidas entre sí. Tú no sabías que esta mañana, cuando esperabas al colectivo en aquella ventosa esquina, tomarías un resfrío tan violento. ¿Por qué no le habrás hecho caso a tu Mamá, que casi de rodillas te pidió que llevaras una bufanda y el sobretodo? Con los ojos húmedos, contemplas los ademanes y las muecas del profesor. Vas registrando sus palabras en tu memoria y en tu cuaderno de apuntes con precisión. De pronto, un estornudo interrumpe la secuencia de palabras que el nervio acústico envía a tu cerebro. Un fuerte cosquilleo pone fin al reflejo. Al volver a la clase, debes hacer un esfuerzo para retomar el hilo del tema. La idea de que el profesor se haya interrumpido a causa de tu estornudo te cohibe. Te sientes aislado, ridículo y estúpidamente enfermo. ¡Maldito resfrío! Con un pañuelo secas tus fosas nasales lo más silenciosamente que puedes. Deseas asegurarte que no se repita. Tus oídos permanecen tapados y tragas varias bocanadas de aire. Finalmente se destapa uno y, como por arte de magia, vuelves a escuchar las frases magistrales del profesor, que en este momento te está mirando. Sí, te clavó los ojos y te habla, te dicta la clase para que escuches por to-

dos. Pero ignoras que él te ignora; que sólo fijó la vista en tu triste figura porque resulta difícil concentrarse y hablar largo rato para el plural. Y se te ocurre que es algo personal. Que entre ambos existe algo que los une por encima de la clase y que se relaciona con el estornudo. El hilo de tu imaginación te aleja cada vez más del tema de la clase. Cuando vuelves a ella, escuchas frases que no comprendes. El profesor gesticula y señala unos dibujos que no logras entender de dónde salieron... Asientes con la cabeza cada vez que te mira y te tranquilizas. Él se acerca a tu asiento y, apoyando mansamente una mano en el banco, te da la espalda y continúa con la clase. Ya no te mira; te ha olvidado momentáneamente. Te acurrucas en el asiento; te aprietas contra la madera y decides descansar un rato entornando los párpados. Te adormeces, hasta que un cosquilleo te llama la atención desde el fondo de la garganta. Cubres con ambas manos los orificios de la nariz e intentas calmar las cosquillas con un imperceptible carraspeo. Pero es en vano. El reflejo está a punto de desencadenarse con toda su intensidad. Resistes aún, hasta que todo tu aparato respiratorio decide descargar su furia. Te achicas más, hundiéndote en el asiento. Te pones rojo, con la cara a punto de estallar. Tus ojos derraman lágrimas a chorros. Los ademanes y la espalda del profesor te cubren de las miradas indiscretas de tus compañeros. El estornudo llega al paroxismo y te espantas de su potencial expulsivo. ¡Debe salir silenciosamente, cueste lo que cueste! Te doblas sobre la cintura. Una, dos, tres profundas contracciones te estremecen, pero ni un solo ruido sale de tu garganta. Mientras, algo ha caído al suelo. Te agachas y recoges dos pequeños objetos de color rojizo,

cuando una dolorosa puntada en ambos oídos te obliga a morderte los labios para no gritar. La clase magistral continúa, pero ya no la oyes. Un zumbido insoportable se ha unido al dolor. Empiezas a sospechar la verdad. Llevas el pañuelo hasta las orejas y lo traes con manchas de sangre. Abres las manos y un escalofrío recorre tu cuerpo. Porque en las palmas observas unos trocitos de lo que fueran tus membranas timpánicas y dos pares desgarrados de huesecillos del oído medio.